

ELOGIO AL SEÑOR DOCTOR DON RICARDO E. MANUELL *

MANUEL ORTEGA CARDONA
Académico de número

Señores Académicos,
Señoras y señores:

La Academia Nacional de Medicina celebra hoy una sesión que será memorable en sus anales: se ha dedicado a honrar a cinco académicos ilustres, cuyos retratos van desde hoy a acrecentar la galería de los presidentes desaparecidos de la Academia, que, como númenes tutelares, flotan en el ambiente de esta sala, y continúan presidiendo con su recuerdo y con su ejemplo nuestras hebdomadarias sesiones.

Es para mí un inmerecido honor tomar la palabra en esta sesión solemne, para recordar en mis pobres frases a quien poseyó en alto grado la cualidad más específica del hombre: la inteligencia. Fué ésta, sin duda, la nota característica del doctor Ricardo Manuell, maestro de larga y fecunda vida, quien dedicó con devoción al ejercicio de nuestra noble profesión y a la enseñanza y formación de muchas generaciones de médicos, y que dejó huella imborrable en nuestra actual escuela clínica.

Nació el maestro Manuell el 10 de noviembre de 1867 en Omitlán de Juárez, distrito de Atotonilco el Grande, estado de Hidalgo; hizo sus estudios primarios en la escuela Municipal de Real del Monte, cursó los preparatorios en el Instituto Científico y Literario de Pachuca, capital de su estado natal, y los profesionales en la Facultad de Medicina de México, y presentó examen profesional los días 30 y 31 de julio de 1894. Hizo sus prácticas en el Hospital Militar de Instrucción, que era en donde en aquella época se formaban los médicos militares; alcanzó el grado de Coronel Médico Militar y sirvió como miembro activo al ejército hasta el año de 1914, en que pidió su retiro.

* Leído en la sesión solemne de la Academia Nacional de Medicina, la noche del 5 de noviembre de 1952, en que se rindió homenaje al Dr. E. Manuell y se descubrió su retrato en el salón de actos.

Su depurada clínica y su certero diagnóstico le dieron pronto gran fama, lo que le permitió formar numerosa y distinguida clientela, no obstante lo cual pasó su vida sin vana ostentación, ejerciendo su actividad médica con inquebrantable rectitud, con gran modestia y derramando a manos llenas su inmenso caudal de conocimientos a todos los que a él se acercaban.

El intenso ejercicio profesional y su práctica docente le dieron oportunidad de acumular una enorme experiencia que se desbordaba en sus conversaciones. Los que tuvimos el gusto de tratarlo recordamos sus frases breves, concisas, que condensaban experiencias por él vividas y juzgadas por su talento superior.

De la firmeza de su carácter y de su gran visión clínica, es muestra la siguiente anécdota: A principio de este siglo se presentó a una oposición para optar a una cátedra de Clínica Médica en nuestra Facultad. Le tocó en suerte hacer el examen de un enfermo, cuya enfermedad pareció al sustentante un caso de anemia rara que no podía clasificar. Para el jurado el caso era una típica anemia palustre y declaró incompetente al sustentante. Pero el maestro Manuell no se desanimó por este aparente fracaso, que fué más bien un acicate que lo impulsó a investigar ávidamente, e iluminado por el reciente descubrimiento de Perroncito, sobre la anemia de los trabajadores del túnel del San Gotardo, el maestro Manuell descubrió en México el anquilostoma duodenal, descubrimiento que fué pronto aprovechado por otro de los académicos que ahora vamos a honrar descubriendo su retrato, el doctor Gonzalo Castañeda, por aquel entonces médico de las minas de Pachuca; y fué así como el maestro Manuell, dando prueba de un carácter indomable, transformó en éxito fecundo un aparente fracaso.

Ingresó como académico el 27 de junio de 1906 y presidió esta docta corporación en el período 1916-1917.

Fué como profesor de Clínica Propédeutica Médica, cátedra que desempeñó en nuestra Facultad durante 35 años, donde el ilustre maestro desarrolló su más fecunda labor. Alcanzó el dominio de la técnica exploratoria más depurada; con su mirada penetrante, sus hábiles manos y su oído sutil, penetraba el organismo descubriendo certeramente las alteraciones orgánicas que le permitían el fundamento de su diagnóstico con datos objetivos.

Campeón del signo clínico, fué su obsesión, y lo logró, cambiar en la enseñanza el diagnóstico de intuición por el diagnóstico de exploración.

Sin restar el mérito que corresponde a otros insignes maestros que colaboraron en la misma tendencia, es el maestro Manuell uno de los fundadores de nuestra actual escuela clínica, la que, a juzgar por sus frutos, puede decirse que está a la misma altura que cualquiera otra del mundo.

El doctor Salvador González Herrejón describió, en unas cuantas y ciertas frases que no resisto a transcribir, la fisonomía del maestro Manuell: “erguido, recto, como un soldado en posición de ‘firme’, al lado de la cama del paciente y rodeado de discípulos, desaliñado en su persona y descuidado en su vestir, mirando alternativamente al enfermo y al alumno que hacía la exploración bajo su guía o a los otros, con aquellos sus ojos claros, inquietos, de fulgor penetrante, que relampagueaban detrás del cristal de los lentes. Así conocimos al maestro en sus inolvidables clases de Clínica Propedéutica, en donde muchas generaciones de médicos tomaron la semilla de la buena clínica, que al fructificar dió los médicos y profesores prestigiados que honran nuestra profesión y nuestras cátedras.”

Desde hoy la efigie del doctor Ricardo E. Manuell hará compañía a todos estos insignes varones, presidentes que fueron de la Academia Nacional de Medicina y que son los jalones de una honrosa y ya antigua tradición, para que sirvan como ejemplo y estímulo a las generaciones venideras; pero el maestro Manuell está y estará siempre en el corazón de los que tuvimos la suerte de haber sido sus discípulos.